



Comentario bibliográfico

Jürgen Osterhammel y Niels P. Petersson, *Breve historia de la globalización. Del 1500 a nuestros días* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2019).

Javier Guiamet

*Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales –
Universidad Nacional de La Plata*

javierguiamet@hotmail.com

Fecha de recepción: 28/09/2019

Fecha de aprobación: 06/12/2019

¿Te acuerdas que entonces era la Nueva ola? Y bien, ¿Qué es esto de nuevo? Serú Girán, “Mientras miro las nuevas olas” (1980)

Aunque no siempre de modo explícito, la pregunta por lo nuevo sobrevuela con frecuencia el análisis histórico. La capacidad de distinguir lo que separa a una época de otra, o a un proceso de otro, suele aparecer en el horizonte de preguntas claves al encarar una pesquisa cuando se busca en el paso del tiempo algo más que mera acumulación. Fuera de la posible chicana —¿qué tanto de nuevo tiene lo nuevo?— el desafío de precisar esas diferencias, sin por ello ocluir las continuidades, resulta uno de los mayores desafíos de la disciplina. Desentrañar el modo en que la novedad y lo que permanece confluyen en la experiencia se instala como una de las dimensiones claves para explicar una época y sus transformaciones.

De modo explícito, la pregunta por lo nuevo se erige como eje vertebrador de la obra de Jürgen Osterhammel y Niels Petersson *Breve historia de la globalización. Del 1500 a nuestros días*. Frente a la idea de un mundo globalizado que en los años noventa del siglo XX se propuso como pura novedad de un modo tan tajante que permeó el imaginario social, los autores se proponen repensar las características decisivas del fenómeno de la globalización y bucear en el último medio milenio que nos precede buscando sus orígenes en los procesos y elementos concretos que propiciaron un mayor nivel de *conexión* a escala planetaria.

Para ello, el libro revisa en primera instancia las principales representaciones en torno a la globalización y sus núcleos conceptuales dentro de las obras que se erigieron como referentes al respecto. Allí, para empezar, los autores destacan el consenso en torno a que “la globalización cuestiona la relevancia del Estado nacional y desplaza la relación de poder entre países y mercados en beneficio de estos últimos” (p. 13). Otro factor reiterado en la bibliografía es la importancia asignada a la dimensión cultural del proceso, ya sea para señalar un desarrollo homogeneizador, o para destacar las resistencias y mezclas de diversos tipos. En tercer lugar, las transformaciones en la relación espacio-tiempo, su *compresión* y las formas de una suerte de existencia compartida virtual, que habilitan nociones como la de desterritorialización o supraterritorialidad, aparecen entre las premisas destacadas en los análisis sobre la globalización.

Frente a estas variantes, y cierta ausencia de investigaciones desde el campo específico de la historia, los autores se proponen clarificar una noción de globalización que sirva como guía rectora de la mirada hacia el pasado. En ese sentido, destacan la importancia de la noción de red para entender un proceso de creciente interacción a nivel mundial dado que, si bien flexibles, las redes presuponen cierto grado de constancia e institucionalidad que permitirían entender los cimientos del actual proceso histórico. Al respecto, sostienen:

Si se concibe la globalización como construcción, concentración y creciente relevancia de la constitución de redes a escala mundial, el concepto se libera de un sesgo estático y totalizador. La cuestión no es ya si con el concepto de “globalización” puede ofrecerse una descripción adecuada del estado del mundo actual, sino que la atención debe dirigirse a la historia de los entramados de conexiones a escala mundial, de su construcción, su erosión, su intensidad y sus repercusiones (p. 28).

La preocupación frente a un posible “sesgo estático y totalizador” y la propuesta subsiguiente se vinculan con la intención de escapar a la reificación del concepto y, por ende, del pro-

ceso. En esta inquietud podríamos ubicar uno de los aportes más significativos del libro, ya que el modo que los autores proponen para salir de esa reificación es el de pensar la globalización como una “perspectiva” que permita explorar en la historia moderna los desarrollos de mayor interacción y conexión global y no tanto como un proceso material claramente delimitado. Es a partir de aquí que el libro se interna en el transcurrir de medio milenio para encontrar los factores decisivos que expliquen la formación del mundo *en red* que conocemos hoy.

Con un trabajo de síntesis sumamente ambicioso —la reconstrucción de quinientos años en menos de cien páginas— el libro alienta una mirada que lejos de ser lineal recupera las “embestidas globalizadoras” junto a numerosos procesos de resistencia e, inclusive, de “desglobalización”. En este caso podríamos volver a la pregunta de lo nuevo para redireccionarla ya no al proceso histórico sino a la propuesta del libro en tanto mirada de conjunto, preguntándonos cuáles son los aportes puntuales que realizaría esta indagación desde la “perspectiva de la globalización” (p. 12). Para ello, primero, recuperaremos algunas de las nociones centrales de la reconstrucción histórica realizada por los autores.

Es en los siglos XVI y XVII, junto a la expansión europea y la configuración del espacio atlántico, donde Osterhammel y Petersson encuentran el germen del proceso. Los autores reseñan el desarrollo de importantes imperios previos que ocuparon extensiones significativas de territorio, pero relativizan la importancia de estas formaciones políticas como fuerzas globalizadoras. Así, plantean, por ejemplo, que el Imperio Otomano constituyó “una federación forzosa centralizada (y, por ende, nunca una red)” (p. 34). A su vez, al revisar otros centros pujantes a nivel mundial, destacan que “los centros del mundo más vigorosos en lo militar y en lo económico permanecieron replegados sobre sí mismos” (p. 38), como habría sido el caso de la gran potencia China, reclusa por causa de grandes disputas internas por el poder.

Hechas estas aclaraciones, los autores señalan en la configuración del espacio atlántico dos elementos primordiales para la formación de redes. En primer lugar, un elemento ya clásico de la bibliografía como es el caso de la plata americana y su derrame hacia diferentes puntos del planeta. Por otro lado, un elemento menos visitado, al menos otorgándole ese papel, como lo fue el comercio de esclavos. En ese sentido, el libro enfatiza la importancia de un comercio que conectó de

manera estable diferentes partes del mundo que no participaban previamente de movimientos económicos a esa escala, como podían ser las plantaciones de Brasil, los salones de té europeos y los pueblos africanos que, de modo forzoso, se integraban al comercio internacional.

En esta coyuntura, los autores no dudan en enfatizar la importancia de la expansión europea, donde encuentran las primeras nociones de una *imagen global*. Si bien aún no podía materializarse, esta imagen se sugería en una serie de elementos como la temprana aceptación del carácter esférico del planeta, la activa campaña por enviar viajeros a distintas partes del mundo para recolectar información sobre los modos de vida de los pobladores locales y las referencias del ámbito intelectual que comenzaban a proyectar regulaciones a nuevas escalas.

Avanzando hacia el siglo XVIII, sobre todo la segunda mitad del este, el libro se interna en el período inaugurado por la noción ya clásica de “doble revolución” para analizar una época de suma intensidad histórica signada, desde la perspectiva de la globalización, por una dialéctica entre fuerzas de integración y fragmentación. Si bien el libro privilegia el potencial globalizador de la Revolución Industrial, no deja de destacar la importancia del proceso previo de constitución de rutas marítimas producto del control europeo de los océanos, cuyo resultado fue ampliar la escala de los conflictos entre potencias. En este sentido, la Revolución Industrial empalmó con un proceso de creciente integración a nivel mundial, directamente vinculado con la expansión europea, al cual ayudó a profundizar.

A modo de síntesis, los autores destacan una serie de elementos que explicarían el impulso globalizador de la Revolución Industrial. En primer lugar, el hecho de que haya ocurrido en Gran Bretaña, país que ya disponía de intensas relaciones coloniales y de comercio exterior, promovió la formación de redes de alcance mundial, inclusive con países no industrializados que participaban de la venta de materias primas y la compra de nuevos productos. A su vez, la primacía de Gran Bretaña en el desarrollo industrial promovió la industrialización en los países que buscaban competirle, lo cual funcionó como una suerte de “proceso complejo de adaptación creativa” (p. 61). La articulación entre redes comerciales previas y el nuevo desarrollo industrial permitió que, allí donde no llegaba la industrialización, sí llegaran sus productos, incluyendo en muchos casos maquinarias que cambiarían las posibilidades de infraestructura en diferentes partes del mundo.

Al respecto, los autores destacan dos elementos con particular importancia. Por un lado, la fabricación de barcos a vapor y ferrocarriles, lo cual achicó considerablemente las distancias. Por otro lado, y con mayor relevancia para el proceso de globalización, la expansión de la telegrafía, que supuso un impulso mucho más categórico para ese mundo en vías de estar más conectado dado que “es más fácil tender cables que construir vías de ferrocarril” (p. 64).

En términos de integración y mayor conexión a través de redes, la formación de una economía mundial en la segunda mitad del siglo XIX aparece en la bibliografía especializada en historia económica como un momento de profunda globalización. Siguiendo esta línea, los autores sostienen que las nuevas posibilidades de comunicación permitieron que por primera vez el mundo pudiera considerarse un espacio de experiencias compartidas para un conjunto importante de la población mundial. Los nuevos Estados nacionales jugaron un rol clave en este proceso al ser los garantes de que estas nuevas relaciones comerciales y de comunicación pudieran establecerse con cierta seguridad y previsibilidad. No obstante, es en estos años donde el libro rescata, también, los procesos más intensos de resistencias y fragmentación de este nuevo orden mundial, con fuertes consecuencias desglobalizadoras.

De este modo, los Estados nacionales cumplieron durante este período el rol de promover la globalización pero, al mismo tiempo, se erigieron como una de sus barreras. Osterhammel y Petersson señalan que en muchos países el Estado surgió como una forma de protección frente a los avances de la economía mundial y, a su vez, que el auge del imperialismo a finales del siglo XIX funcionó como una forma fuerte de *territorialización* que iba en desmedro de los embates globalizadores. En esta línea, los autores insisten en ver el proceso como parte de una dialéctica entre globalización y fragmentación, analizando inclusive los efectos integradores de la Primera Guerra Mundial, junto a la capacidad que tuvo el conflicto de interrumpir numerosas redes que no pudieron retomarse al final del conflicto.

Más allá de la capacidad de integrar al globo, por un lado, a través del enfrentamiento directo, y por el otro, fomentando la cooperación al interior de los bandos, el final de la Primera Guerra Mundial barrió con el dominio de las potencias europeas, sin proponer otro liderazgo en su lugar. Frente a esto, los autores rescatan dos instancias de integración. En primer lugar, marcan la ca-

pacidad que tuvieron las principales ideologías del período de entreguerras para propagarse internacionalmente. En segundo lugar, los autores destacan la importancia del *crack* bursátil de 1929. Aunque en principio local, la rápida propagación global de la crisis resultaría un claro indicador de que la economía seguía funcionando como una red a nivel mundial, a pesar de que, como efecto inmediato de la crisis, el funcionamiento de esa red se interrumpiera.

Avanzando un poco más en el tiempo, es hacia el final de la Segunda Guerra Mundial, con el ya indiscutible ascenso de Estados Unidos como potencia rectora del concierto internacional, que los autores encuentran las bases más estables del mundo globalizado que conocemos hoy, fruto de la iniciativa de los vencedores de “institucionalizar los entramados de conexiones globales mediante una renovación abarcadora de la sociedad, la economía y las relaciones internacionales” (p. 100). En este sentido, ni la Guerra Fría habría funcionado como un eficaz freno a esta tendencia, ni el posterior auge neoliberal, junto a la caída del Muro de Berlín y la propagación de Internet, más que como cambios en la gradualidad del proceso. Los autores afirman: “El impulso globalizador de las décadas de 1980 y 1990 se topó con un mundo para el cual la globalidad hacía tiempo que no era nada especial” (p. 130).

Llegado este punto, es posible realizar un balance de la propuesta del libro. La obra supone una apuesta ambiciosa y sugerente para repensar el modo en que se construyen conexiones a nivel mundial, saliendo de la sensación actual de “pura novedad” que suele obstaculizar el entendimiento de las dimensiones más profundas del proceso al que hacemos mención. En su recorrido por la historia desde la “perspectiva de la globalización” los autores realizan un aporte original, en el que resaltan sus reflexiones sobre el lugar dado a los Estados nacionales como agentes globalizadores, el rol fragmentador de los imperios y la ubicación de ciertos procesos de la economía (como el comercio de esclavos) en el corazón de las lógicas formadoras de red. Tomando en consideración estos elementos, podríamos sostener que hay mucho de nuevo en la propuesta del libro, y que esa suerte de enroque de sentidos que va proponiendo —al iluminar procesos ya conocidos bajo el *faro* de la globalización— resulta sumamente atractivo en la experiencia de lectura.

Ahora bien, cabe señalar que, aun cuando sus autores declaran volver a la historia con la globalización como perspectiva, el libro por momentos parece reducirse a una historia económica

de la globalización. En este sentido, es posible identificar dos problemas en la elaboración y desarrollo de su argumento central.

Por un lado, en tanto reconstrucción empírica, el libro no se aleja de una narrativa basada en la clásica historia del “ascenso de Occidente”. De este modo, prioriza una mirada eurocéntrica para pensar la formación de un entramado global que, si bien a la luz del dominio mundial alcanzado por esa región resulta difícil de discutir, deja abierta la pregunta por el modo en que se podría articular una narrativa atenta a otras experiencias situadas en diferentes lugares del mundo.

Por otro lado, aunque vinculado a esta primera cuestión, la ponderación de los factores económicos del proceso que realizan los autores entra en conflicto con su definición de que un mundo globalizado es aquel donde el planeta pasa a ser un espacio de experiencias compartidas. En tanto interesado por esta dimensión, el libro podría incorporar como factor de análisis los momentos y los dispositivos que volvieron posibles que esta experiencia de la globalización se tornara masiva, para lo cual el estudio de ciertos procesos culturales —abordados solo superficialmente— otorgaría espesura a la reconstrucción histórica.

Cabe rescatar, no obstante, en relación con esto último, la acertada crítica que realiza el libro a las lecturas más lineales sobre los aspectos culturales del proceso de globalización como un mero proceso de occidentalización. En este sentido, en la misma medida que la obra propone pensar el desarrollo globalizador en torno a una dialéctica de integración y fragmentación, hace lo mismo al subrayar que también en el terreno de la cultura el impulso occidentalizador se produce a través de una dialéctica de resistencias y apropiaciones diversas que inhabilitan cualquier mirada homogeneizadora.

Breve historia de la globalización. Del 1500 a nuestros días se propone historizar un fenómeno que ha sido visto como signo ineludible de nuestros tiempos. Lejos de clausurar la cuestión, el libro constituye una invitación a ampliar el espectro de posibles exploraciones al respecto y es una muestra singular de la relevancia de una mirada histórica sobre los problemas contemporáneos. En este sentido, la obra de Petersson y Osterhammel, si bien puede discutirse en sus conclusiones, supone una interpelación certera a pensar los marcos más amplios en que se conectan los problemas históricos. Una interpelación de innegable actualidad en nuestros tiempos de hiperespecialización.